

# INTELECTUALES EN EL OCASO DE LA CIUDAD LETRADA: LOS ALBORES DE UNA GENERACIÓN CRÍTICA EN AMÉRICA LATINA

Omar Acha<sup>1</sup>

## Introducción

La historia sociocultural de Latinoamérica guareció en su seno diversas “ciudades letradas”, cuyas huellas rastrearon entre otros Ángel Rama y Jean Franco. En ese recorrido de fórmulas del quehacer en lo simbólico, la intelectualidad americana defendió generalmente su derecho al privilegio del pensar y el crear. Tales destrezas fundamentaron una reclamación de cierto poder; por eso el vínculo con los dominantes siempre fue complejo. Aconteció así incluso si la práctica intelectual (y eso no fue universal) se imaginó al servicio de los condenados de la tierra o de un “pueblo” esencializado.<sup>2</sup> Dicha deriva se ha agotado. Ha concluido porque se han vaciado las alforjas de la intelectualidad del siglo XX, pletóricas de las mismas prerrogativas. Aquí es imposible detallar las peculiaridades histórico-materiales de esta transformación. No es sorprendente que el declive de la funcionalidad de los intelectuales con el poder o el contrapoder esté acompañado por la crisis de sus programas de innovación cultural. Quienes sobreviven de ese siglo y aún pretenden tallar en la escena cultural americana, son máscaras insustanciales. Algo ha cesado; mas no sólo la defeción de las viejas generaciones ha producido una vacancia intelectual. Ha emergido una exigencia entre las brazas ardientes de las experiencias populares de Nuestra América: la de reinventar el modo de ser y practicar el obrar intelectual. Es insuficiente sustituir las antiguas facciones intelectuales. Es necesario repensar la fórmula y el carácter de la inscripción del quehacer intelectual en la trama orgánica de las esperanzas revolucionarias hoy en vilo de autoconstitución. Antes que “una generación más”, sucesora de otras, se presenta el desafío de reinventar el concepto y la realidad de una “generación intelectual”.

Justamente, el presente ensayo retrata la revelación de una nueva generación intelectual en América Latina. Presenta la escena que posibilita la pregunta por una intelectualidad crítica; razona su forma colectiva y su atrevimiento “socialista”, entendiendo por ello, un aliento plebeyo y comunitario. Su colocación se sitúa decididamente en la izquierda, espectro consonante con las mejores experiencias democráticas de nuestros días.

Hoy es inútil plantear la clásica cuestión de una intelectualidad insumisa sin interesar una contextualización latinoamericana. En este sentido, la presente argumentación contiene una dimensión autocrítica y se distancia de las elaboraciones que reducen la cuestión al espacio argentino, como sucedió en nuestro libro *La nueva generación intelectual*.<sup>3</sup> Sólo en la ecuación latinoamericana la cuestión intelectual asume sus desafíos reales. Lo que no hemos modificado es la convicción de que, desde la izquierda, el tema intelectual no puede ser pensado adecuadamente en términos individuales. Más que la interrogación sobre qué es o debe ser un o una intelectual, es preferible reflexionar sobre la producción colectiva de prácticas intelectuales novedosas.

Es sencillo oponer reparos al empleo de los tres conceptos conjugados en nuestro tema: “generación”, “intelectuales”, “América Latina”. ¿Qué duda cabe de que son discutibles? A contracorriente de las

---

<sup>1</sup> Docente en la Universidad de Buenos Aires. E-mail: omaracha@gmail.com. Agradezco los comentarios de integrantes del consejo editor de *Nuevo Topo*.

<sup>2</sup> A. Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998 (1ª ed., 1984); J. Franco, *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

<sup>3</sup> O. Acha, *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2008.

atendibles objeciones, y por qué no, justamente por su aparente evidencia, aquí se propondrá pensar la *inminencia* de una nueva generación intelectual de izquierda en América Latina. ¿Qué razones permiten defender tal idea? A ellas corresponden los siguientes apartados de este ensayo. La primera condición es la desigual desertificación de las viejas prácticas de la vida intelectual en América Latina durante las últimas décadas. Esa situación se hace intolerable la pasividad ante el declive de la intelectualidad de antiguo régimen, sea por su mercantilización, por su academización o su resignación a la condición burguesa. Seguidamente se reflexiona sobre las circunstancias de un planteo generacional en materia cultural, identificando dos de ellas: la crisis que alrededor del año 2000 recorrió el subcontinente, y la emergencia de gobiernos democráticos al calor de las movilizaciones populares en los últimos tiempos. En ese momento se argumentará la necesidad de aquilatar la vocación intelectual de nuevo cuño en interlocución con la práctica insurgente de los sujetos sociales plebeyos; de otro modo, todo deseo intelectual se reduce a especulaciones o búsquedas individuales de reconocimiento, tretas que enmascaran nuevas versiones de la ciudad letrada.

### **La esterilidad intelectual contemporánea**

El alzamiento de una generación intelectual latinoamericana es inexplicable por la pertenencia a un rango de edad. Lo que define a una generación es la manera de vérselas con los desafíos culturales y políticos de su época. El franqueo del tema de una metamorfosis cultural de nuevo tipo es en parte el derivado de la crisis de una vieja camada intelectual cuyo tiempo ha pasado. Sobre el cuerpo agonizante de la vieja generación, los bisoños y arrogantes conquistadores de la nueva generación clavan sus picas para terminar con esa longevidad inútil. Pero sólo por error el reemplazo generacional sería caracterizado con el nombre tradicional de “parricidio”.

¿Qué hacer cuando las viejas generaciones son formaciones inertes? ¿Es posible que una sociedad compleja carezca de actividad intelectual crítica? ¿Es ésta una simplificación polémica? Hace pocos años, Jean-Claude Milner preguntó sobre la existencia de “vida intelectual” en Francia, es decir, inquirió si la intelectualidad se situaba críticamente frente al orden establecido y así cuestionaba su propia legitimidad. El lingüista concluía que no la había. La reacción contra el clima teórico del Mayo francés, contra el “sesentaiochismo”, se había coaligado con el conservadorismo de los años noventa y la mediatización *chic* del cambio de siglo para eliminar toda discusión auténticamente radical. Basta observar las performances mediáticas de oportunistas como Alain Finkielkraut o Bernard-Henri Lévy para admitir el razonamiento de Milner.<sup>4</sup>

Pues bien, la situación latinoamericana no es muy diferente, aunque su historia y características sean bien otras. ¿Qué revela hoy la actuación de intelectuales como el peruano Mario Vargas Llosa o el argentino Juan José Sebreli, sino el epitafio de toda una época intelectual? Si observamos el escenario residual, lo que persiste del pasado, en América Latina nos hallamos en un desierto intelectual. No discutiremos con minucia los méritos de quienes, anclados en otro mundo, desean tallar en la escena intelectual y cultural. Lo importante son las preguntas que se hacen en contacto con una realidad que jamás ha dejado de ser punzante. ¿Qué movilización de la inteligencia radical exudan los textos del mexicano Jorge G. Castañeda o de la argentina Beatriz Sarlo? ¿Es aconsejable observar otros cuadrantes ideológicos? ¿Acaso se puede hallar un programa de renovación intelectual en las izquierdas que piensan igual que en los años setenta, o como si el siglo XX no hubiera ocurrido?

No y no. Veamos la situación argentina, sumida en un estado de coma irreversible. Es necesario evitar el error de dar crédito a la lozanía que provee la pompa de los libros publicados en editoriales prestigiosas, las cátedras ocupadas, los artículos en las revistas culturales, los premios recibidos y los

---

<sup>4</sup> J.-C. Milner, *Existe-t-il une vie intellectuelle en France?*, París, Verdier, 2002. Ver también, Gérard Noiriel, *Les Fils maudits de la République. L'avenir des intellectuels en France*, París, Fayard, 2005.

reportajes dados. Basta echar una mirada al aguantadero mercantil que es la revista *Ñ*, del grupo Clarín, para notar la decadencia del mundo bifronte de la industria cultural y el aparato académico. Ese botox mediático e institucional jamás podría inyectar nueva vida a lo caduco, a las renunciadas, a la resignación a lo dado. Es suficiente presionar un poco sobre esa piel tersa para que salte la costra y emerja impúdico el tejido exangüe, cosido a las apuradas para disimular una muerte –esto es lo insoportable– ante la que una juventud estudiosa baja la cerviz. ¿Qué queda ante esa desnudez de las revistas y las conferencias, de las distinciones y los cargos?

Lo grave no es eso. Lo intolerable es que lo muerto pretenda colonizar lo vivo, que desee alimentarse a expensas de lo que nace. Porque lo ido de la intelectualidad caduca parasita la sangre joven, cuando ésta cree en sus palabras fofas, en sus prosas y estilos, en sus florilegios insustanciales o en sus parafernalias académicas. Es claro que esa intelectualidad inerte pero aún semoviente dispone de medios de explotación de los individuos de la potencial nueva generación, gracias al chantaje facilitado por un acervo de cátedras, editoriales, rentas, revistas, becas e institutos. ¿Qué sería de tantos liderazgos intelectuales si no regentearan las recompensas materiales y simbólicas con las que someter a las vocaciones “juveniles” en una injustificable subalternidad! Pero la contrariedad es otra, y descansa en la increíble resignación de la mocedad intelectual al vasallaje del becario, no como momento transitorio de una carrera académica, sino como horizonte experiencial de la praxis intelectual. El problema es *nuestro*. Quizás los zombis somos nosotrxs, quienes no nos atrevemos a pensar con cabeza propia, ni a mirar la vida activa de nuestros contextos.

Es imposible emprender una explicación detallada de cómo se llegó a ese panorama lamentable. Esquematzaremos sus trazos esenciales en la Argentina, aunque veremos que el panorama del proceso no es radicalmente distinto en América Latina (aunque sí es variada su transformación contemporánea). El punto de ruptura lo estableció el golpe militar de 1976. La fractura inducida por la dictadura militar ha sido analizada de manera superficial. La necesidad de una revisión de las actitudes intelectuales prevalecientes entre 1960 y 1976 tendió a ocultar el viraje obligado por la represión. En buena medida la confusión era inevitable porque, en efecto, la conservación y repetición intacta de lo hecho en los setenta era insostenible. En el caso argentino una experiencia significativa de revisión y adaptación a “la democracia” se realizó en el exilio mexicano, donde socialistas y peronistas de izquierda debatieron en la revista *Controversia* la manera de construir un orden “democrático”. Sus diferentes grupos compartían el abandono de una política de cambio social revolucionario. Ya de regreso en la Argentina, se adoptó la idea de un fracaso esencial y perenne de las políticas revolucionarias, tanto por parte del reformismo socialdemócrata como del reformismo populista. Si bien la mutación se realizó al calor de desavenencias intelectuales más o menos sofisticadas, en el mediano plazo el desacople entre la noción de un saber de la realidad y la vocación de una transformación socialista de la misma condujo a una anemia de lo intelectual que reseco el pensamiento. Un acelerado proceso de academización aseguró un refugio cómodo entre los brazos del estado, en cuya trama colaboraron con la nada sencilla faena de edificación de la vida universitaria vaciada por la dictadura.

La embrollada relación de las antiguas generaciones con el pasado –y sobre todo el resentimiento contra sus anteriores apetencias revolucionarias– no se explica por la necesidad de su revisión crítica. La urgencia de hacerlo es obvia. El problema con la intelectualidad avejentada consiste en que no logra realizarlo de una manera radical, porque ese examen no incluye a sus nuevas convicciones liberal-democráticas entre los objetos de su examen. Las aproximaciones ensayadas están dañadas por la renuncia a concretar esa revisión desde una perspectiva política que exceda los valores impuestos después de 1983. Sus posiciones interpretativas son pre-hermenéuticas. ¿De qué modo piensan los setenta? Utilizando nociones abstractas, sean liberales o populistas anémicas, que para adquirir utilidad deberían ser matizadas en moldes históricos y políticos activos, vitalizados por nuevos sentidos de la praxis. La crisis del 2001-2002, con su compleja carga experiencial de novedades democráticas, fue desoída o fue metabolizada en las hormas institucionalistas que sólo podían amordazarla.

Uno de los pocos debates interesantes del reciente mundo intelectual argentino, el suscitado por la “carta” de Oscar del Barco en torno a la violencia en la cultura política de izquierda en las décadas de 1960 y 1970 reveló la imperiosa necesidad de encauzar una fractura generacional. De quebrar de una vez esos huesos intelectuales henchidos de osteoporosis política y teórica. En la referida discusión, de un lado se hallaron quienes postularon fórmulas teológicas, abstractas, intemporales, ahistóricas, o prepolíticamente éticas, del “no matarás”; del otro, lado, quienes justificaron el pasado de la lucha armada por la historia o los propios “ideales” setentistas, regulando su memoria por una ética maniatada historicistamente y convalidando la contraviolencia de los humillados y ofendidos. Pues bien, fue una discusión de arrepentidos y obstinados, de iluminados *a posteriori* y defensores de identificaciones juveniles.<sup>5</sup> La única alternativa a ese debate malogrado e inviable es pensar sus términos desde la plataforma pujante de una nueva generación que replantee los conceptos residuales empleados hasta el momento.

Nos hallamos todavía en la estela del gran fracaso de la intelectualidad reformista, cuyo canto de cisne liberal llegó de la mano de la Alianza radical-frepasista (1999-2001), en que creyó la progresía socialdemócrata, y alcanzó estertor fatal, ya en veta populista, en estos años kirchneristas con la renuncia de la progresía estalista/populista a los últimos velos del plebeyismo tardoperonista. Es que el kirchnerismo precisó de un intelectual operativo como Horacio Verbitsky o, en el mejor de los casos, de un ironista magnífico como Diego Capusotto. El resto fue decoración. De allí el carácter instrumental, polémico y finalmente heteronómico del grupo “Carta Abierta”, que fundamentó en 2008 su vigor intelectual en que concitara la adhesión de 500 ó 600 personas, y no en la invención de ideas significativas; éstas, por fuerza, debían postular un más allá del kirchnerismo, algo a lo que habían voluntariamente renunciado. Su cierre de filas alrededor de la ciudadela kirchnerista bajo el fuego graneado de la derecha social y mediática obligó a la yugulación de toda reflexión auténticamente intelectual. Así fue que su contribución a una cultura intelectual kirchnerista fue nula. Fueron “intelectuales tradicionales” de un sector político, y su estrella estaba destinada a apagarse con la suerte de esa fracción del sistema partidario argentino. Se sostuvo desde algunos órganos de “comunicación” que Carta Abierta representaba la opción de “los intelectuales”, a tal punto que una runfla conservadora más ridícula que temible, llamada “Grupo Aurora”, salió al cruce proclamando una postura antagónica. Es importante enfatizar la razón fundamental del fracaso de la intelectualidad filokirchnerista, pues ello entraña enseñanzas para la reflexión sobre una futura generación intelectual de izquierda en el continente. El límite fundamental de Carta Abierta consistió en su absoluta separación de una praxis popular de masas. Fue una “puesta en escena” que careció de anclajes en el movimiento social real. Del mismo modo que el kirchnerismo no quiso ni supo emprender una proyección popular movilizadora, Carta Abierta se mantuvo como grupo de presión discursiva, aislada de la por otra parte inexistente fuerza popular que era su única clave para dar cuenta de la realidad. No es sorprendente, entonces, que su lenguaje fuera abstruso o con “estilo” para pocos, endogámico, sin vocación de comunicación colectiva. Su ensimismada caricia reveló el público al que se dirigía: las propias huestes culturales de sus integrantes, que pueden ser relevantes en algunos espacios situados, pero que carecían de potencia hegemónica. Sólo una práctica de transformación concreta, popularmente activada, podía exigir a los intelectuales filokirchneristas una creatividad en sus habilidades específicas que proveyera de recursos para un combate real. Puesto que el sujeto político único era el gobierno, ¿qué otra cosa sino una salvaguardia del aparato kirchnerista podía ser el programa de los “intelectuales”?<sup>6</sup>

Por eso hoy no existe el debate intelectual en la Argentina. Es imposible sostener que lo hay presentando aquí y allá textos de expresión pública, porque los diarios y revistas tienen un espacio destinado a los académicos, a quienes consultan de vez en cuando o toleran como articulistas. Cuando

---

<sup>5</sup> Ver la recopilación de textos en *Sobre la responsabilidad: No matar*, Córdoba, El Cíclope Ediciones/La Intemperie/Editorial de la UNC, 2007.

<sup>6</sup> Ver sus textos en <http://www.cartaabierta.org.ar/>.

en las filas intelectuales realmente existentes se presenta algún desacuerdo, la tensión se hace pronto riña. Las redes de amistades se alinean, las descalificaciones van y vienen, pero los fundamentos se pierden en la banalidad.

La historia reciente de la torsión conservadora de la intelectualidad latinoamericana es irreducible a la experiencia argentina, pero es posible trazar puentes reconocibles. Por ejemplo, la trayectoria del chileno Manuel Antonio Garretón hacia el liberalismo progresista no es diferente del que se reconoce en el argentino José Nun; el paso al neoliberalismo en Sebrelí se puede emular, con sus peculiaridades, en las transformaciones ideológicas del brasileño Fernando Henrique Cardoso. Es cierto que el peronismo de izquierda introduce una especificidad argentina. Pero este podría ser comparado, en una visión de mayor duración, con la deriva del aprismo peruano, anticipador de las torsiones del peronismo.

También es latinoamericana la función que tuvieron las dictaduras militares en la destrucción de un pensamiento intelectual crítico. Por ejemplo, la camada de cientistas sociales de las décadas de 1960 y 1970, creadora de importantes y originales perspectivas como la teoría de la dependencia o la pedagogía crítica, lo hicieron muchas veces huyendo de países dominados por poderes de facto castrenses, y fueron finalmente aislados por su extensión masiva desde los primeros años del decenio de 1970. Figuras como Enzo Faletto, Paulo Freire, Ruy Mauro Marini, Theotônio dos Santos, F. H. Cardoso, Celso Furtado, Pablo González Casanova, Pedro Vuscovic, entre otros, se encontraron en países todavía libres, en el caso de la mayoría de los nombrados, en Chile hasta 1973, donde pudieron desplegar sus apetencias crítico-cognitivas. También México supo recibir numerosos exiliados, como el boliviano René Zavaleta Mercado o una pléyade de chilenos y argentinos en el lapso de 1973 a 1976. La relación entre exilio e identificación del quehacer intelectual en América Latina es, ya desde el siglo XIX, una clave histórica que aquí no puede ser analizada, como tampoco puede ser revisada la conformación de extensas y densas redes de circulación, tanto de personas como de textos, que edificaron material y simbólicamente la figura de la intelectualidad latinoamericana. Pero el ciclo de las dictaduras tuvo una eficacia global que aplastó una era del pensamiento crítico, hostigado internamente, es cierto, por propias y profundas contrariedades que es preciso pensar. La crisis del socialismo y el marxismo entrañó un marasmo ideológico que surcó todas las experiencias intelectuales latinoamericanas.

Los efectos de la academización también fueron comunes al subcontinente. Algunos un poco antes, otros un poco después, todos los países atravesaron la “transición democrática” incluyendo en ese pasaje la reconstrucción de campos científicos y universitarios. En los recientes encuadres institucionales, los intelectuales sobrevivientes y retornados de los exilios revelaron rasgos parecidos a los vistos en la intelectualidad argentina. La inserción universitaria es fundamental para pensar las derivas culturales en toda América Latina. Ya no respecto de la vieja generación, sino en relación con el porvenir de las nuevas hornadas. La reflexión sobre una intelectualidad crítica no puede eludir un examen complejo y circunstanciado del vínculo entre mundo académico y mundo intelectual, del mismo modo que es impensable hacerlo escindiendo a este último de la industria cultural, de los medios de comunicación y de la política. En este breve ensayo sólo podemos puntualizar que la institución universitaria no es una máquina compacta ni mortíferamente eficaz en su rutina domesticadora. Además de su función burocrática, también es un abigarrado espacio de prácticas, en cuyos entresijos, y a veces en cuyas vidrieras, es posible desarrollar políticas intelectuales radicales. Pero esas posibilidades deciden su suerte en la habilidad para transformar las prácticas intelectuales institucionalizadas en el diálogo sincero con las dinámicas populares de creatividad social, cultural y política.

## **Las implicancias intelectuales de la crisis y los procesos democráticos**

Las generaciones intelectuales de América Latina se definieron por los problemas encarados y no por el tipo de práctica cultural, pues sólo con raras excepciones sus integrantes evadieron el anhelo de legitimarse como minorías selectas y pretendieron el reconocimiento de una presumida superioridad. Si algo justifica la profecía actual de una nueva generación en Latinoamérica, si algo excede el deseo subjetivo o la facundia, es la existencia efectiva de un dilema irresoluble para las viejas matrices de pensamiento. Una generación es posible si sabe identificar un problema singular que no puede ser analizado por los prismas de sus predecesoras. Solamente cuando estilice su incógnita es que le será dado sostener su existencia, porque más que una identidad, una generación es una obra acometida. Los esbozos generacionales fracasados permiten concluir que hallar el sexo de una generación es difícil y a veces imposible; porque su materia no está constituida por el voluntarismo, sino por una voluntad abrazada a una historia. Sin un obrar dirigido hacia una contrariedad definida es imposible sostener una plasmación colectiva. Un caso histórico diáfano es el de la camada de jóvenes de la Reforma Universitaria de 1918 en la Argentina. Probablemente no existió en el continente durante sus primeras décadas un sector que haya martillado con mayor ahínco sobre su propia textura generacional. La revista *Inicial*, que quiso representarlos, portó el subtítulo de “revista de la nueva generación”. Uno de sus colaboradores, Julio V. González, insistió en diversos lugares sobre esa generación autoproclamada. Sin embargo, sus integrantes permanecieron hebras separadas. No supieron hacer resonar la historia del presente en la creación de su destino compartido. La disgregación los condenó al fracaso y la inexistencia como generación. En cambio, los peruanos universitarios/reformistas del mismo período, con José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre como adelantados, sí detectaron la cuestión indígena-campesina y el tema imperialista, que permitió una evaluación feroz de sus antecesores intelectuales. Dejaron una obra; por eso, varias décadas más tarde, otros peruanos inquietos, como el historiador peruano Alberto Flores Galindo, todavía debían pulsar la herencia mariateguiana para reconocer su propia potencia.

¿Cuál es, hoy, el tema de la nueva generación? Pensándola en la Argentina, es el de la crisis de 2001-2002 y sus consecuencias en la mediana duración. ¿Qué aconteció entonces y qué sucedió más tarde? El 2001 sancionó la clausura del mito liberal-democrático de una Argentina emancipada de encrucijadas raigales. Desde 1983 el clima intelectual estuvo dominado por el rechazo de los extremismos que postulaban transformaciones radicales. La democracia liberal estaba a la orden del día, y luego se añadió el ingreso del país al rango de la normalidad económica. Aunque pocos creyeron que se había arribado al Primer Mundo, lo cierto es que la primacía de la estabilidad cambiaria obtuvo un amplio consenso. En consonancia con la reconstrucción del campo universitario en esos mismos años que van de Alfonsín a De la Rúa, la vida intelectual pareció acomodarse al diagnóstico de Zygmunt Bauman: del intelectual “legislador” asociado como consejero del estado se pasó al intelectual “intérprete” de sociabilidades culturales.<sup>7</sup> El verano 2001-2002 asestó un golpe devastador a la normalización política, económica y cultural de la Argentina postdictatorial. Que en los dos años siguientes se produjera una reafirmación del dominio social no desmiente la virulencia y, sobre todo, la significación del episodio. Recién entonces se hicieron visibles las grietas en la realidad, tan ostensibles en lo político como en lo intelectual. Se hizo necesario repensar todo. En ese todo se incluían también las tradiciones de la izquierda y las teorías críticas que habían surgido tras la caída de los ideales socialistas del siglo XX. Se produjo una vacancia intelectual y política, una soledad que hizo perceptible el páramo intelectual argentino. El período kirchnerista logró cerrar el ciclo de la crisis, pero su significación se disolvió con ese mismo cierre, a manos de una triunfante alianza social y cultural de centro-derecha. En la Argentina, el dilema intelectual, es decir, el enigma de toda posible nueva generación, consiste en cómo refigurar las prácticas intelectuales asumiendo que el “país

---

<sup>7</sup> Z. Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

normal” soñado por la socialdemocracia y recuperado por el reformismo peronista, carece de promesa emancipatoria.

Antes de transitar al plano continental es necesario abordar el tema de tal pasaje y de las escalas en la estructuración de las generaciones. El tema argentino al que hemos hecho referencia revela la insuficiencia de un enfoque espacialmente estático. En primer lugar porque la dimensión “nacional” oculta diversas situaciones. Mucho de lo que hemos indicado para la realidad argentina se aplica con dificultad fuera de la ciudad de Buenos Aires; a lo sumo puede extenderse a las urbes más populosas del país. Las dinámicas generacionales de la intelectualidad de otros sitios en la Argentina merecen una perspectiva más sofisticada y la atención a las diversidades. Ellas no impiden la edificación intelectual sino, por el contrario, le prestan su auténtica sustancia. Existe una dinámica *permanente* de interrelación entre planos del devenir generacional.<sup>8</sup> Hay una fórmula que tiende a la modulación “nacional” (argentina, venezolana, mexicana, brasileña, etc.), comunicada con las especificidades locales y provinciales. La forma de la generación intelectual mexicana comparte rasgos comunes, pero no es exactamente la misma en el Distrito Federal que en Oaxaca; del mismo modo sucede con la novel intelectualidad brasileña en Río de Janeiro y Porto Alegre. De la misma manera, la permanencia de la generación excede los marcos nacionales, porque los desafíos intelectuales son continentales. Aunque no podemos avanzar sobre la cuestión, la grafía permanentista de la afirmación generacional tampoco puede detenerse en el plano latinoamericano. Sin perder su singularidad, la interrelación con otras experiencias críticas del planeta se hace posible gracias a internet. En un futuro cercano, la nueva intelectualidad latinoamericana se inscribirá en un abanico global de militancias culturales. La globalidad es el destino de la dinámica permanente del quehacer intelectual radical. Dentro de medio siglo, una futura generación quizá se piense como decididamente global. Detengamos aquí la reflexión, que a pesar de las numerosas anticipaciones observables es aún prematura, y volvamos al plano americano.

Si pensamos en las circunstancias latinoamericanas, el panorama es complejo. El momento crítico de la vacancia cultural y de la posibilidad de una nueva generación intelectual no es totalmente diferente al argentino, y también se vincula con la fractura de la fórmula del capitalismo neoliberal y de la democracia representativa. Desde luego, la desnaturalización de dichos esquemas de dominio no produce automáticamente una creación intelectual. Por el contrario, la torna ardua y vacilante. En el horizonte continental, la “época” de novedad crítica se inicia en 1994 y persiste hasta hoy, extendiéndola desde Chiapas hasta Bolivia. Los casos de Chile, Brasil y Uruguay, tienen realidades emparentables a la Argentina, aunque ninguna es plenamente asimilable. Cuba, desde luego, impone una singularidad. Perú, Colombia y México, también con sus especificidades, componen un conjunto ligado a hegemonías conservadoras, hacia las que probablemente se acercará el próximo gobierno argentino. En cambio, las situaciones de Bolivia, Ecuador y Venezuela conforman un panorama distinto. Estos tres casos, con sus diferencias económicas, políticas e históricas, son inseparables de hechos de masas, tanto callejeros como de votación representativa, que hallaron una salida diferente al largo ciclo de dominio neoliberal. En toda la región, lo que se abre como horizonte de la interrogación intelectual es la rediscusión de la cuestión democrática, dos décadas atrás encerrada en la oposición con el autoritarismo, y ahora en el primer plano de la búsqueda de formas efectivas de poder popular. La trama de interconexiones entre política, economía y cultura tracciona esa búsqueda hacia el replanteo de la problemática de las estructuras económico-sociales que sostienen las atribuladas existencias colectivas del subcontinente. De allí que la interrogación por el cambio radical reaparezca como una tarea, no sólo pensable en el plano político, sino que también sea constitutiva del obrar intelectual crítico. Desde una perspectiva político-intelectual, no se trata de una sumatoria; la proyección de una

---

<sup>8</sup> El concepto de permanencia es aquí elaborado en préstamo y reformulación de la noción marxista de “revolución permanente”. Ver Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, México, Siglo Veintiuno, 1985; Alain Brossat, *En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotsky*, México, Siglo Veintiuno, 1976.

integración regional instala, desde la experiencia concreta, la posibilidad de una renovación de la perspectiva continental, bolivariana, que demanda una reforma intelectual y moral, también en el corazón de las maneras del obrar intelectual.

Ante la emergencia de una Latinoamérica reverberante de innovaciones populares, la vieja intelectualidad reaccionó desigualmente. Un sector rejuveneció al esforzarse en pensar sus potencialidades y evaluar sus límites, no desde el modelo ideal, sino en la fluencia del antagonismo de la historia. Mencionemos aquí al brasileño Frei Betto y al argentino Atilio Borón; algunos más jóvenes, como el boliviano Álvaro García Linera, son partícipes directos de las nuevas realidades. Otro sector se tornó reactivo, y acunó sus ideales liberal-republicanos para condenar los “excesos” de Hugo Chávez y Evo Morales, cuando no de los más moderados Kirchner o incluso Lula. John Beverley explicó esa reacción “neoconservadora” por parte de la crítica cultural en razón de la pérdida de un sitio de autoridad debido a los efectos de la industria cultural y la marginalidad de la intelectualidad en las nuevas situaciones “populistas”. Preocupado por las disputas intestinas del latinoamericanismo universitario, Beverley subraya la dimensión antipopular y jerárquica de la crítica en autores como Mabel Moraña, Beatriz Sarlo y Mario Roberto Morales.<sup>9</sup> Su análisis deja irresuelta la cuestión principal, a saber, la de qué dice la apelación a la autoridad “crítica” en el contexto de un fin de ciclo, que es el de la intelectualidad liberal-democrática, pero también el de la intelectualidad populista-reformista con la que Beverley simpatiza. Nuestro debate no es ese, sino el de la construcción de prácticas nuevas y activas en careo transformador con las culturas del pueblo. No es ningún azar que las discusiones intelectuales más interesantes en Nuestra América tengan sede en sus contextos más radicales: la reflexión sobre la cuestión étnica y de clase en Ecuador y Bolivia, o sobre la autogestión de las empresas estatizadas o la autoorganización popular en Venezuela. El pensamiento y creatividad revolucionarios no brotan como Minerva de la cabeza de Júpiter; prosperan iluminados y exigidos por la realidad social borboteante de contradicciones. Por ejemplo, recién ahora se impone a la izquierda la tarea de pensar la democracia sin reducirla a un efecto superestructural; lo mismo sucede con la cuestión ecológica y del género.

La conmemoración del bicentenario en 2010 es la ocasión de un replanteo de la cuestión intelectual en un envase generacional de amplitud continental. El tema es importante porque en su discusión se dirimen las orientaciones de la inscripción de la intelectualidad en una operación histórica y política de negociación de lo latinoamericano. El modo en que se decida el contenido y la forma del bicentenario será un campo de batalla intelectual. Artistas plásticos, narradoras, historiadores, arquitectas, músicos, filósofas, son y serán convocados para la determinación del sentido atribuible a los 200 años de vida de los estados nacionales latinoamericanos. El balance de ese evento político-cultural revelará si la primera década del siglo XXI, entre crisis y realidades democrático-populares, logró plasmarse en una proyección consistente, politizada, generacional.

Con todas sus contrariedades, América Latina está en movimiento. De una manera limitada aquí, con mayor entusiasmo allá, con estas modalidades de acción popular allí, con tales tradiciones sociales acá, los reveses cercanos y próximos no acallan las aspiraciones a otra realidad. El futuro de una nueva generación intelectual se decide tanto por su voluntad de crear una perspectiva crítico-emancipatoria, como por su capacidad de refundirse en una praxis de poder popular que, naturalmente, no puede crear ella misma. Sin vanguardismo ni actitudes pedagógicas, sin abandonar no obstante una singularidad intelectual, deberá escuchar y compartir las militancias en el seno del pueblo. Como decían Marx y Engels sobre el comunismo, una proyección generacional no es un ideal a realizar; es el forzamiento de un movimiento real. De una tendencia doble: de una población democrática y rebelde en autoconstitución como sujeto transformador, y de una pléyade intelectual politizada y creativa. Es insuficiente considerar qué es lo que la intelectualidad quiere expresar al escribir, cantar, pintar,

---

<sup>9</sup> J. Beverley, “The Neoconservative Turn in Latin American Literary and Cultural Criticism”, en *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 17, n° 1, 2008 (versión castellana en *El Ojo Mocho*, n° 21, 2008).



esculpir, hacer periodismo, crear un blog o danzar. Es necesario pensar *qué hace* al realizar sus tareas intelectuales. De tal manera, podremos repensar la práctica intelectual, que dejará de ser el refugio de las ilusiones constitutivas de nuestros pobres narcisismos, de las necesidades de reconocimiento o la sed inconfesable de poder (fundadora de una nueva ciudad letrada), para devenir, sin ceder en la vocación singularmente intelectual, un agente más en la transformación colectiva del mundo. Para situarse a la altura de los tiempos y para colaborar en su despliegue, deberá ser radicalmente democrática, en la senda de un cuestionamiento de la división entre el trabajo intelectual y el manual.

## **Diez tesis para concluir**

Las siguientes tesis no se siguen necesariamente de las porfías precedentes. Inseparables de éstas, atenazan ideas de un trabajo en curso:

*Tesis uno.* Los contextos políticos y económicos contemporáneos en América Latina tienen correlatos en la crisis de las figuras de la intelectualidad definidas a lo largo de los siglos XIX y XX. Antes que la reconstrucción o reivindicación, ante el avance del mercado o la academización, la situación actual exige la invención de una trama diferente del quehacer intelectual. Ninguna historia de los intelectuales puede reemplazar la tarea constructiva de una obra intelectual de nuevo cuño. Sin embargo, las tareas están en proceso de definición provisoria, y sus certezas prácticas necesitan amplios balances de los antecedentes de las prácticas intelectuales.

*Tesis dos.* La forja de un proyecto intelectual de izquierda carece de sentido en los encierros locales, nacionales y aún regionales. Entre todos estos planos o escalas se plantea una relación de “permanencia” en los tránsitos e intercambios. Por vez primera se abre la posibilidad, y se incita la necesidad, de una formulación de la intelectualidad en Nuestra América. Antes de nuestra era, salvo tres momentos comunes al espacio latinoamericano y caribeño (*grosso modo*: de manera parcial en 1830, nítidamente en 1890, decididamente en 1960), los horizontes intelectuales se definieron nacionalmente. Lo mismo aconteció en el período de retroceso crítico, academización y disgregación de la década de 1980. La dinámica de la globalización, la transformación de la situación política mundial, la reactivación de las luchas populares en nuestros países, reinstituye la vocación bolivariana de una imaginación política en América Latina y el Caribe. De allí que se revele el carácter virtual que hasta el momento detentó la noción de “intelectual latinoamericano”. Se inaugura, entonces, la posibilidad de una vertebración propiamente americana del obrar intelectual. Su condición actual es la de una inminencia.

*Tesis tres.* La historia cultural de Nuestra América experimenta, en los contornos del evento llamado “bicentenario”, la demanda de una nueva generación intelectual. La clausura de la etapa de las “transiciones a la democracia” en los años 1980, el cierre del ciclo del pleamar ideológico neoliberal de los años 1990 y las tribulaciones de las realidades nacionales en el amanecer del tercer milenio, incitan a la invención de una nueva radicalidad intelectual.

*Tesis cuatro.* Una nueva generación intelectual, para ser nueva y consonar —a su modo— con las prácticas de poder popular, deberá acaecer en la alianza reticular de una colectividad. De allí su aliento generacional, multitudinario. No será la reunión o articulación de individuos o sectas convencidas, la yuxtaposición de particularidades. Tampoco la coagulará el sometimiento a una doctrina monolítica. Se la observa en mil anticipaciones prácticas, aquí y ahora. Mas su expansión consistirá en la fragua de una vocación emancipatoria compartida en la travesía de las situaciones en Nuestra América, atenta a las solidaridades de las luchas populares en el planeta. La definición político-cultural de una nueva generación enfatiza que sus confines no están balizados por rangos de edad, sino por la implicación existencial del ejercicio de la praxis intelectual ante los desafíos de nuestros pueblos.

*Tesis cinco.* La nueva generación corre el peligro de la disolución si no logra coagular un proyecto colectivo, en el que coexistan la diversidad y la comunidad de una problemática politizada. Las

adscripciones a las tribus intelectuales de las viejas generaciones constituyen un obstáculo para la edificación una praxis intelectual original. Lo concluido parasita lo inédito. El fracaso y el agotamiento de las generaciones intelectuales precedentes amenazan con expandir los vacíos culturales detectables de varios contextos nacionales y con condenar a una era de mercantilización intelectual y academización inmoderada. El sistema universitario, por una parte, y las lógicas consumistas de los medios masivos de diversión, por otra, instalan algunos de los desafíos principales de una nueva generación intelectual.

*Tesis seis.* Los vínculos de la nueva generación con el pasado son activos, interpretantes, y no meramente receptivos o negadores. La relación con el tiempo es de índole freudiana: elabora las imágenes del pasado a la luz del presente, analiza el presente investigando las huellas del pasado, avizora el futuro a través de la grilla de la experiencia y de los deseos emancipatorios. De acuerdo a los contextos locales, nacionales y regionales, los debates de la nueva generación intelectual se dirimen en el examen de las cohortes intelectuales revolucionarias de la segunda mitad del siglo XX o de las formulaciones reformistas que se plegaron a la era post-revolucionaria de la última década del mismo siglo y los inicios del siglo XXI.

*Tesis siete.* La nueva generación, para ser tal, deberá inclinarse por una praxis intelectual que anticipe los rasgos del quehacer intelectual futuro. Es decir, tendrá que ser democrática o no será. Las conexiones creativas de su emergencia se sumergirán en la carne militante y viviente de las insurgencias plebeyas, en las anticipaciones críticas de un poder popular. Su combustible principal es esencialmente político: las luchas de nuestro tiempo, los proyectos de nuevas formas políticas del estado ligado al poder de los condenados de la tierra y las refiguraciones de la política revolucionaria. Desde este punto de vista su destino es devenir una generación intelectual socialista.

*Tesis ocho.* La proliferación levantisca de la nueva generación abre las costuras del intelectualismo y el profesionalismo. Sus militancias específicas son aptas para comunicarse con las clases oprimidas y los sectores explotados o discriminados. Pero su actitud no es la condescendencia populista. Su vocación es crítica. Lejos del vanguardismo, su obrar entra en diálogo con las culturas del pueblo, de las que constituye un aspecto. En la tendencia hacia una disolución de la brecha entre el trabajo manual y el intelectual, la nueva generación intelectual latinoamericana deberá hacer de la destrucción de la decadente ciudad letrada el fundamento de su vertebración democrática.

*Tesis nueve.* Las fronteras de la moldura generacional de la intelectualidad abaten las fronteras artificiales que protegieron los reclamos ilustrados de autonomía radical o de representatividad del pueblo. Las reestructuraciones de la tecnología y la comunicación habilitan una difusión del quehacer intelectual, que está animado por las particularidades de las especializaciones y las demandas de los sentidos prácticos (por definición políticos y ligados a las totalidades contextuales). De tal manera la demografía de la generación intelectual se multiplica en los diversos planos de la milicia cultural, desafiando las hormas tradicionales, disolviendo las amargas derrotistas de las últimas décadas, propiciando innovadoras facturas del deseo de saber y de hacer.

*Tesis diez.* Una nueva generación en Nuestra América tiende lazos de colaboración crítica con las culturas radicales que recorren el planeta, en búsqueda de conspiraciones, de aspiraciones compartidas, en la forja de una vocación transformadora global. El horizonte filosófico de la nueva generación transita de la historia a la política, de la tradición a la comunicación ecuménica del pueblo mundial en ciernes.

**Resumen:** Se argumenta sucintamente sobre las circunstancias de una nueva generación intelectual en América Latina. La imposibilidad de una lógica del mero reemplazo implica una comprensión diferente de la figura históricamente determinada del quehacer intelectual. Posteriormente se discuten las condiciones de América Latina para la formación de una nueva generación, que al calor de la problemática del “bicentenario” debe reconstruir su pasado y atizar las exigencias de una

transformación de la figura del intelectual para entrar en diálogo real con las prácticas emancipatorias populares. Por último se formulan diez tesis sobre el futuro de la nueva generación, después del derrumbe de la ciudad letrada.

**Palabras clave:** Intelectuales; Generaciones; América Latina; Política; Cambio social.

**Abstract:** The circumstances of a new intellectual generation in Latin America are briefly discussed. The impossibility of its birth through a simple logic of replacement implies a different understanding of a historically determined practice of intellectual work. Later the paper enounces the conditions of a Latin American construction of this generation, in the context of the Bicentenary and taking the task of making sense of its past and the desire of changing the profile of the intellectuals within the real dialogue with the popular emancipatory practices. Finally, ten theses about the future of the new generation are proposed, after the fall of the lettered city.

**Keywords:** Intellectuals; Generations; Latin America; Politics; Social Change.